

Los talleres literarios y la creación literaria

ROBERTO BRAVO

Desde los años setentas, la literatura en México se ha enriquecido de modo tal que, para entenderla, no bastan ya algunos grupos y revistas, ni gravitar en torno a una figura o escribir y opinar conforme a un solo criterio. La literatura mexicana ahora es amplia y diversa e, incluso, no se centraliza en la capital del país. Para comprender esta realidad cultural es indispensable hablar de los talleres de creación literaria. Su importancia ha sido definitiva en la configuración de nuestra literatura nacional. Han sido muy pocos los escritores de la historia literaria que no han tenido conexión con algún o algunos grupos equivalentes a lo que ahora se conoce como taller literario; hay que destacar que, en efecto, no en la cantidad ni con las características mecánicas y metodológicas con las que trabajan los talleres en la actualidad. La necesidad de los escritores de asociarse con otros para confrontar sus textos y aprender lo que la creación literaria tiene de oficio, es decir, aquello que el escritor experimentado puede transmitir al escritor que comienza, encuentra sus antecedentes en las sociedades literarias apasionadas por la antigüedad clásica que surgen en Italia en el siglo xv y que después, en pleno Renacimiento se transforman en Academias que sustituyen la gravedad clásica por una forma ágil y sentimental

(Academia de los Transformati de Milán). En Francia, este fenómeno se conoce como Salón y en él las personas cultas daban a conocer sus obras y escuchaban críticas (por ejemplo el de la Marquesa de Rambouillet, 1608-1665); después, a lo literario se unió lo filosófico. En Inglaterra hubo poca afición a los cenáculos, aunque en el siglo xix existieron algunas sociedades literarias (la Real Sociedad Literaria del Reino Unido). A imitación de Italia y de Francia, en España se fundan diversas sociedades literarias y de esta manera en el siglo xvii hay sitios importantes para la formación intelectual de escritores como Baltazar Gracián. Las colonias españolas fueron influidas por la península, en este sentido la actividad literaria en la Nueva España se manifestó en reuniones que tenían lugar en monasterios, colegios y casas particulares así como en los certámenes poéticos que se efectuaron en numerosas ocasiones.

Durante el Virreinato podemos mencionar a la Academia de Ciencias Morales denominada San Joaquín, la Academia de Humanidades y Bellas Artes de San Ildefonso, la Tertulia Literaria de doña Lorenza Martín Romero que se hizo en Puebla. También existieron en la Colonia academias literarias con carácter privado como la Academia de Letras que se reunía en la casa de un Dr. Montañó, de la que, hay que mencionar, otorgó un premio al poeta don Francisco Ortega por su poema teológico "La venida del espíritu santo".

Una manifestación tardía del neoclasicismo fue la Arcadia Mexicana, fundada en 1808, en la que se elaboraba una poesía de corte pastoril.

El primer lugar de reunión importante en la República independiente fue la Academia de San Juan de Letrán, que fue pensada con el propósito de que hubiera progreso cultural (allí los autores corregían sus faltas tanto de prosodia como de métrica), existía en ella una democratización de los estudios (no había discriminación por edad ni por posición social, ni creencias; el único requisito era que el aspirante presentara una composición en verso o en prosa que sería aprobada sobre la base de su calidad). Allí se presentaron poemas románticos y de exaltación del pasado indígena, piezas teatrales, relatos, ensayos; de allí surgieron escritores notables (Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Fernando Calderón, Ignacio Ramírez, etc.). Otra asociación importante fue el Liceo Hidalgo. En sus análisis críticos, los socios puntualizaron hechos fundamentales para la literatura (en 1850 Francisco González Bocanegra presentó su discurso sobre la poesía nacional; en 1851 Francisco Zarco en el "Objeto de la literatura", a partir de la convicción del estado crítico en el que se encontraba nuestro país sostuvo, "México está en ruinas y es necesario expresarnos con ideas propias", es decir, era indispensable crear una obra nacional). Al Liceo Hidalgo acudieron también escritores de otros países, tan importantes como José Martí. Debemos mencionar también las Veladas Literarias que tuvieron lugar entre 1867 y 1868 porque en ellas participaron fraternalmente escritores de tendencias opuestas, por ejemplo, Ignacio Manuel Altamirano, que era liberal, y Roa Bárcenas, que era conservador. Los poemas presentados en las Veladas Literarias se editaron en cuadernos mensuales. La gran mayoría de los escritores que asistieron al Liceo Hidalgo, participaron en una de las revistas más importantes de la literatura del XIX: El Renacimiento.

La reseña histórica de las asociaciones literarias de México durante la centuria antepasada, más los innume-

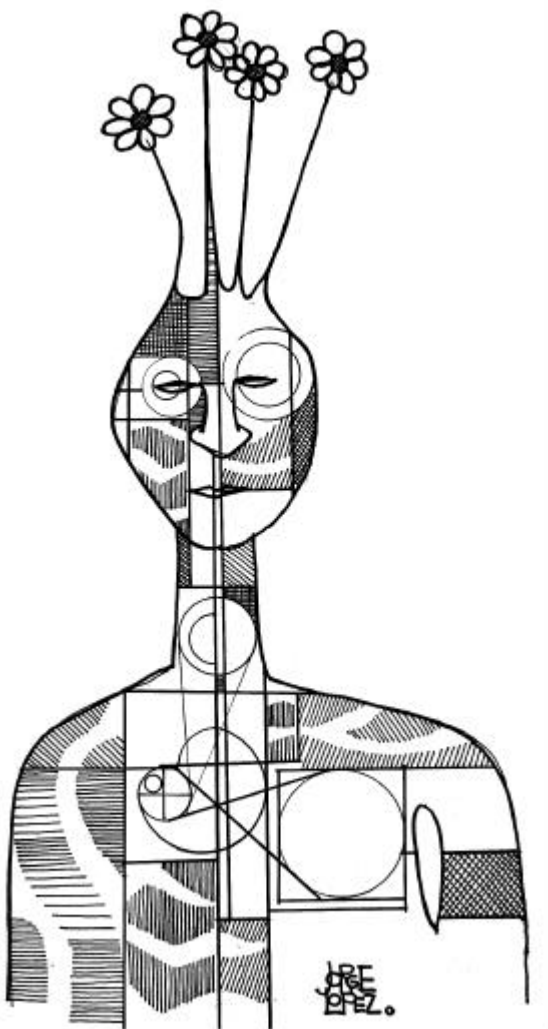
rables textos publicados en revistas y periódicos, constituye de hecho la crónica de las letras patrias. Puede aceptarse esta afirmación si se tiene en cuenta que los principales escritores del XIX participaron en estas agrupaciones y que casi no hubo uno que no tuviera conexión con alguna o algunas de las asociaciones literarias de su tiempo. De allí la necesidad de destacar la función que desempeñaron las agrupaciones literarias y las actividades que realizaron sus miembros en el campo de las letras.

En el siglo XX los escritores se han asociado en forma análoga constituyendo por afinidades estéticas, ideológicas, etc., agrupaciones que marcaron un punto importante en el desarrollo de las letras de nuestro país. Baste con recordar el movimiento estridentista (Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide, Arqueles Vela, etc.), el grupo que editó la revista Contemporáneos (Jorge Cuesta, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen). Los escritores que crearon la revista Taller (Octavio Paz, Efraín Huerta, etc.).

En la década de 1950, las becas otorgadas por el Centro Mexicano de Escritores son un factor relevante para la aparición de los nuevos escritores que con el tiempo se convirtieron en los autores de buena parte de las obras más importantes de nuestra literatura. Basta mencionar a algunos que obtuvieron esas becas: Emilio Carballido, Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Emanuel Carballo, Elena Poniatowska, Inés Arredondo, José Emilio Pacheco, etc.

En los años de 1970, en la casa de Juan José Arreola, se establece Mester título de la revista que después dio nombre al taller que la creó, coordinado por una de las inteligencias más lúcidas de nuestra época; originó todo un movimiento posterior en la figura de José Agustín, miembro del taller junto con José Carlos Becerra, Jorge Arturo Ojeda, René Avilés Fabila, Elsa Cross.

Paralelas a las becas del Centro Mexicano de Escritores surgen, en los años de 1970 las becas y talleres del Instituto Nacional de Bellas Artes y los de la Universidad Nacional Autónoma de México, en este punto no es posible ignorar el apoyo que los escritores han recibido de estos y a principios de 1980 de las instituciones culturales y educativas oficiales a través de talleres literarios, premios, becas y publicaciones. El INBA, la UNAM, el desaparecido Fondo Nacional para las Actividades Sociales (FONAPAS) y las universidades de provincia contribuyeron a descentralizar y democratizar el quehacer literario creando talleres literarios que se esparcieron en la República desde Ensenada hasta Cancún. En el Distrito Federal se encontraban diseminados en los diferentes rumbos de la ciudad.



Jorge Bravo

Como resultado de este apoyo, más del 90 por ciento de los escritores importantes de esta generación han estado, en algún momento de su formación en un taller literario: Coral Bracho, Isabel Quiñónez, Silvia Tomasa Rivera, Efraín Bartolomé, Javier Sicilia, Agustín Ramos, Guillermo Samperio, Luis Arturo Ramos, Carlos Montemayor, Juan Villoro, Daniel Sada, Salvador Castañeda, Alberto Huerta, Bárbara Jacobs, Alberto Ruy Sánchez, Adolfo Castañón, etc. Todos ellos con amplia bibliografía, premios, algunos de ellos internacionales, otros nacionales y con diversos reconocimientos críticos a su trabajo literario.

Mucho se ha dicho de los talleres literarios y uno de los argumentos en contra es el de que sus miembros terminan escribiendo igual a su coordinador. Para desmentir este caso mencionaremos a Alberto Huerta, José de Jesús Sanpedro, Carlos Chimal, Juan Villoro, David Ojeda, cuya temática y elaboración es distinta entre sí, no obstante que todos estuvieron bajo la coordinación de Miguel Donoso Pareja.

Arreola dijo una vez que para que exista un taller se necesita una persona capaz para conducirlo y un grupo de jóvenes que sean capaces de tener modestia, humildad, y que no tengan mala fe en contra de los demás; que examinen los textos con honradez y que estén dispuestos a exponerse a la crítica.

No queremos que lo anterior se tome en el sentido de que los talleres literarios son una panacea y que tienen la solución a los problemas creativos de la literatura en México. Somos conscientes de sus limitaciones y de que lo principal en todo este proceso es el talento del escritor; sin embargo, justo es reconocer que un taller literario funciona como un compromiso colectivo para ejercer la creación y como un renovador cultural del contexto social en donde se establece; por eso han constituido una alternativa para los escritores estimulando su creatividad y talento. 🐾